

5
junio / 1943

LOS PRIMEROS CONSTRUCTORES DE LA VILLA DE LA HABANA

LAS OBRAS RELIGIOSAS

LOS primeros servicios religiosos se ofrecieron en la villa en modestos bohíos de techo de guano. Ya en 1538 los corsarios franceses se llevaron la campana, ornamentos y otras cosas de valor de la humilde iglesia de la población, dándole fuego después a la endeble construcción y destruyendo así una de las tantas iglesias parroquiales que sucesivamente se iban destruyendo y reconstruyendo. Ciclones, incendios y accidentes intervinieron en esta obra de renovación que no solamente afectó a la parroquial sino a todas las otras obras religiosas.

Otros tipos de construcciones al servicio de la religión fueron las erigidas para ermitas, iglesias, conventos y hospitales. Nada queda de aquellas primitivas edificaciones como no sea la referencia escrita o tal vez, en el subsuelo y bajo las construcciones más definitivas que les sustituyeron, algún horcón de madera dura o los restos del primitivo piso.

La iglesia parroquial mayor. A mediados del siglo todavía la parroquial mayor era un bohío. Se había comenzado a recaudar para una construcción de mayor perdurabilidad y en 1550, gobernando Pérez de Angulo, el cabildo acordó, en agosto 29, que se construyera una iglesia de piedra y teja, habida cuenta de que se disponía de setecientos ochenta y seis pesos de oro y exhibiendo en ese acto Juan de Rojas y Pedro Blasco un memorial de ello. Todavía en 1555 la parroquial seguía en un bohío que fué quemado por Sores, pero existían los muros de piedra de otra nueva que se edificaba. El rico vecino Juan de Rojas se encargó de continuar la obra y, a su muerte, acaecida en 1570 dejó construido un templo de paredes de mampostería y techo de

guano. Años más tarde, en 1574, se decía de la parroquial que "era de tapia y ladrillos, muy firme y anchurosa" y en 3 de junio de ese año, Gerónimo de Rojas Avellaneda, sobrino y heredero de Juan de Rojas, daba por terminadas las obras del templo, habiéndole hecho una cubierta de madera y tejas, por cuyos trabajos pagó al carpintero Andrés Azaro la cantidad de nueve mil ducados. Este artesano procedía de la Florida, de donde había venido sin licencia, por lo que el gobernador Pedro Menéndez de Avilés pretendió reembarcarlo antes de terminar el trabajo, a lo que se opuso Rojas y Avellaneda, cuya poderosa influencia al fin triunfó, permaneciendo Azaro en la villa hasta la total terminación de la iglesia.

Al año de terminada la parroquial, 1575, y siendo obispo Castillo, sugiere éste la erección de una torre adjunta a la construcción y se solicitan los servicios de Francisco de Calona para el trazado del plano. Pero aun la iglesia carecía de sacristía, retablos, libros y ornamentos y sólo disponía de una campana para llamar a los fieles. En su interior se hicieron sepulturas que se vendían a perpetuidad y sus propietarios tenían el derecho a usarlas como asientos para oír misa. Esta primitiva parroquial mayor de la villa estaba localizada en los alrededores del actual Castillo de la Fuerza, donde hoy se encuentra el Ayuntamiento, y obras posteriores la hicieron desaparecer totalmente.

Las ermitas. La más antigua ermita fundada en la villa fué la de "El Humilladero", erigida en el sitio actual del Hospital e Iglesia de Paula, cuyas ruinas se encuentran a un extremo de la Alameda de Paula. Ya en 1559 se hacía referencia a dicha ermita en documentos de la época y se hablaba de arreglos ejecutados en el camino que a ella conducía, que andando el tiempo se

convertiría en la citada Alameda, hoy casi sin álamos y más dañada por la mano del hombre que por la acción del tiempo. Esta ermita fué trasladada posteriormente a la actual Plaza del Cristo y más tarde desapareció.

Se citan también en esa época a la ermita de "Nuestra Señora del Buen Viaje", en las inmediaciones de la actual iglesia del Cristo, y a la ermita de Santa Ana, de ubicación indeterminada, así como otra de San Sebastián, cuyo solar fué concedido en cabildo de 17 de enero de 1573, pero sin que nos conste si estas dos últimas fueron al fin construídas.

Iglesias y conventos. Algunas órdenes religiosas fueron asentándose en la villa: jesuítas, franciscanos, dominicos... En los cabildos se hacían concesiones de terrenos y los inevitables bohíos constituían las primeras construcciones. En febrero 11 de 1569 el cabildo concedió varios solares a la Compañía de Jesús, para establecer un colegio, en el lugar conocido por Campeche, cerca de la actual calle de la Muralla. Otro cabildo cedió terrenos a los franciscanos, los que hicieron en ellos casas de tapia y guano. En 1574 un padre dominico dejó un legado a su orden, el que consistía en algunos bienes en La Habana, y, sobre 1578, fray Diego de Carbajal llega a la villa a establecer un convento de la Orden de Santa Domingo, la que ya en 1579 tenía "su iglesia de paja y casa".

El Hospital puede ser considerado también como obra religiosa, pues era administrado y atendido por religiosos y hasta sirvió de albergue a la iglesia en más de una ocasión. Existió un Hospital viejo, de cuya construcción informa el gobernador Juanes Dávila al emperador en 1545, y que estaba destinado a "la gente de navíos" y a los pobres de la villa. En cabildo de 6 de mayo de 1569 se informa de la construcción de un hospital, iniciativa de Pedro Menéndez y que ocupaba el espacio entre la parroquia y el convento de Santo Domingo, cerca del actual Ayuntamiento. Lo cierto es que las referencias y la historia de ambos hospitales están bastante oscuras.

Muy poco prosperaron estas obras religiosas, que muy escasas entradas tenían. Todavía en 1583 los franciscanos informaban a la Corte de su necesidad de ayuda y decían que "la iglesia que tenemos es un jacal de paja que antes de dos

años estará por el suelo". Por el estilo sucedía a los dominicos, cuya iglesia, en 1587, "era toda de paja y se llovía".

LAS OBRAS PUBLICAS

Con el crecimiento de la villa comienzan a plantearse problemas de urbanismo y de necesidades públicas que reclamaban una solución urgente. Pero, a pesar de esa urgencia, la pobreza de los vecinos y moradores hizo que esas soluciones se encontraran con mucha lentitud y que en muchos casos tuviesen carácter provisional. Aun así, se atendió al problema del abastecimiento de agua, se mejoró el trazado de las calles, se hicieron plazas, muelles y edificios públicos, todo, desde luego, dentro de las modernas posibilidades de la villa y del escaso interés que prestaba la Metrópoli a todo lo que no fuera la protección de sus flotas y de los caudales que transportaban en su hinchado vientre.

El abastecimiento del agua. El problema del agua, que nació con la villa, no murió con ella, pues al convertirse ésta en ciudad, siguió latente y grave y le acompañó al través de los tiempos hasta nuestros días, en los que sigue siendo espina en la carne ciudadana.

Desde los primeros tiempos de la villa el abastecimiento de agua potable había sido una de las preocupaciones de autoridades y vecinos. A mediados del siglo se pensó en la conveniencia de traerla desde el río de La Chorrera, mediante una zanja o acueducto, pero la obra fué tan lenta que hasta fines del siglo no se vió concluída. Entre tanto, distintos métodos se idearon para la consecución del agua. Estos primitivos aprovechamientos hidráulicos fueron los siguientes: el agua que se traía en botes desde La Chorrera (Río Almendares); la que se almacenaba en un "jagüey" o algibe que se hizo al otro lado de la bahía; la que se sacaba de un pozo o "anoria" que existía por la actual plaza de la Fraternidad, cuyo manantial se conocía y aprovechaba desde 1559, aunque se consideraba lejano del poblado, y al que en 1585 se hizo un pilar y se le colocaron cadenas y cubos para sacar el agua; y, finalmente, la que se almacenaba en una cisterna hecha en lo que es hoy Plaza de la Catedral, y que fué construída por el gobernador Luján en 1587, aprovechando una gran sequía de aquel año. Esta cisterna se

llenaba con las aguas de un manantial que brotaba hacia la parte en que está hoy la calle de San Ignacio.

Ninguna de estas fuentes se pensó que fuese suficiente para el abastecimiento de la creciente población de la villa. El río de La Chorrera, cercano al asiento de la población, ofrecía agua abundante y ya desde 1550, se empezaron a hacer planes sobre la posibilidad de traerla hasta la villa por medio de una zanja o acueducto. Doce años se tardaron en tratar de llevar a hechos la idea y así, en el cabildo de 18 de septiembre de 1562 se tomó el acuerdo de nombrar oficiales de cantería que vieran el río, para indicar por dónde habría de traerse el agua y cuál sería el costo de las obras. El resultado de la gestión se transcribió en un memorial al rey, en el que se calculaba el costo de las obras en ocho mil pesos. Casi a los dos años, el 24 de enero de 1564, el cabildo mandaba a pregonar que el que quisiera hacer las obras por contrata hiciese su oferta y doce días después Francisco de Calona, al que veremos intervenir en toda obra de importancia de la villa, hizo sus proposiciones, que al parecer no fueron aceptadas, pues en 10 de julio de 1566 se mandó a pregonar nuevamente para otorgar la obra a destajo a quien la quisiera ejecutar. En 17 de agosto del propio año el maestro Calona, el maestro Francisco Claros y el albañil Hernando Esteban informan de los trabajos necesarios para traer el agua, recomendando que se hiciese por la Ciénaga, después de haber hecho una nivelación, posiblemente la primera hecha en Cuba, en la que encontraron una diferencia de nivel de tres pies entre el lugar en que se tomarían las aguas del río y el punto de llegada en la villa. Al fin el propio Calona se hizo cargo de la obra, pero al poco tiempo hubo de abandonarla para dar mayor urgencia a las obras de La Fuerza, aun cuando continuó como veedor retribuido de ella.

Transcurrían los años y las obras avanzaban lentas e inseguras. En 1575 se nombró a Lorenzo Martín veedor de los trabajos que se realizaban, comprometiéndose éste, además, a hacer una presa en el río a un costo de doscientos ducados. A fines del mencionado año se dió por terminada la obra, pero había quedado tan defectuosa que se propuso el que se tomaran cien esclavos de los que trabajaban en la fortaleza para que durante

seis días realizaran trabajos de reparación y mejoramiento en la zanja a la que los frecuentes derrumbes, hundimientos y obstrucciones habían dejado prácticamente inservible. Consultado Calona, Pedro Gómez y cuatro oficiales canteros, todos de La Fuerza, accedieron a lo solicitado. Al fin, después de transcurrir diecisiete años más, y con la cooperación de Antonelli y la ayuda decidida del gobernador Texeda, se terminaron las obras. Las aguas llegaron hasta el callejón del Chorro, a los que éste debe su nombre, situado a un costado de la actual Plaza de la Catedral. Allí existe hoy la placa conmemorativa que se colocó en 1592 y que después de varios traslados se encuentra al fin en la esquina de la casa de San Ignacio y Callejón del Chorro. Las obras, que se presupuestaron primitivamente en ocho mil pesos, alcanzaron un costo que se supone en 35,000 pesos, cantidad que no fué totalmente cubierta, ya que se dice que lo recaudado por sisa para las obras no pasó de veinticuatro mil pesos y todavía, varios años más tarde, el hijo y un sobrino de Antonelli reclamaban débitos que probablemente nunca llegaron a pagarse.

La Aduana y los muelles. A partir de mediados del siglo la prosperidad de la villa dependió principalmente del tránsito y el tráfico marítimos. Se hicieron por ellos necesarios edificios y muelles que facilitarían el transbordo de mercancías, su carga y descarga y, sobre todo, el cobro de los derechos reales y la mejor fiscalización de ese cobro. Así, en 1578 el gobernador Francisco de Carreño comenzó un edificio para la Aduana Real, con su respectivo muelle, y que se supone situado donde luego estuvo la casa del Marqués de Villalta, en Baratillo 5, posteriormente desaparecida. La fachada a esta calle tenía ochenta y dos pies de frente, dando sus costados a dos callejuelas y su fondo al mar. El gobernador Gabriel Luján, al suceder a Carreño, continuó las obras activamente con la intención manifiesta de trasladar su residencia al nuevo edificio tan pronto se terminase. A pesar de la oposición local y hasta la de la propia Corte, Luján se trasladó a la Aduana a raíz de su conclusión y con habilidad y enredos logró sostenerse en ella. En 30 de julio de 1581 rinde Calona un informe sobre el edificio indicando, entre otras cosas, que hacía un año que estaba terminado, que había sido trazado por él y que

el techo y la carpintería eran de cedro y las paredes de mampostería, siendo solamente las barandas de caoba. Nada queda de aquella construcción: trasladada posteriormente la Aduana al final de la calle O'Reilly, el Marqués de Villalta levantó en el sitio de ella una casa para su residencia, que dedicada después a comercio, fué destruída en 1907 por un incendio.

Plazas, calles y caminos. La primera plaza, con carácter de tal, de que disfrutó la villa se encontraba donde hoy está edificado el Castillo de la Fuerza. Servía al mismo tiempo de lugar de paseo y esparcimiento y de mercado, algo similar a los mercados libres que hoy conocemos, de tipo provisional y con algo de feria. Es posible que el lugar fuera utilizado en horas de la mañana para comercio, con pintorescas tiendas desarmables, y por las tardes como paseo de la población, amén de ser escenario de corridas de toros y fiestas en los días señalados por la Corona para regocijo público. Lo más importante del villorio se agrupaba alrededor de ella: la iglesia parroquial mayor, la Fortaleza Vieja, las casas de Juan de Rojas. Pero la necesidad de construir el Castillo de la Fuerza vino a romper esta ingenua composición urbanística, ya que no se encontró otro lugar más adecuado para construirla que la propia plaza. Las propias casas de Juan de Rojas fueron demolidas y se comenzó la erección del castillo, pero parece que aún sobró algún pequeño espacio en lo que es hoy Plaza de Armas y allí se refugiaron aquellas actividades mercantiles y de regocijo de la villa hasta que en 1584 el alcaide de la Fuerza, Diego Fernández de Quiñones, se apoderó de ella so pretexto de necesitarla para los ejercicios militares. Con tal motivo en 22 de noviembre de ese año el cabildo acordó adquirir solares de Alonso Suárez de Toledo, que estaban situados frente a la Aduana para que "esta villa pueda correr los toros e hacer fiestas por los buenos sucesos e victorias que Dios nuestro Señor da a Su Magestad". Se nombraron, por el cabildo, a Diego de Soto, y por parte de S.M. a Esteban Gutiérrez, albañil, para que tasaran el terreno. Nada pudo hacerse en definitiva porque el be-

neficiario del terreno pidió un precio tan alto que se desistió de la compra.

Hasta el siglo siguiente no pudo contar La Habana con una nueva Plaza, que fué la de San Francisco, a la que siguieron otras, como la Plaza del Cristo y la Plaza de la Ciénaga, hoy de la Catedral.

Las calles de la villa, comenzadas casi a capricho, fueron orientándose y tomando alineación de modo lento e irregular. Después de 1555, y tal vez aprovechando la casi total destrucción de la población, se trató de obtener una orientación Norte-Sur para un grupo de calles y otra Este-Oeste para las que las cortaban. Se dice que para este trabajo se comisionó al albañil Diego Ponce, pero no conocemos la referencia histórica de este aserto. En el año de 1575 ya existían cuatro calles reales, así como algunas secundarias y los caminos que conducían a las afueras. Ya a fines del siglo había comenzado a ensancharse la villa y a principios del siguiente, Cristóbal de Roda traza su interesante plano de la villa, digna concepción topográfica de cualquier pintor vanguardista de nuestra época.

Tres caminos principales comunicaban la villa con el interior de la isla: uno hacia Oriente, otro hacia Occidente y otro hacia el Sur. Había, además, otros caminos secundarios, como el camino del Cristo, el del Humilladero, el de la Chorrera y otros. Fueron todos los gérmenes de muchas de nuestras calzadas y carreteras y a su vera se agruparon las edificaciones de modo más o menos irregular, sistema de urbanización que aun en los días actuales predomina entre nosotros, a despecho de los adelantos hechos por la ciencia y el arte del urbanismo en otros países.

Estos han sido, a grandes rasgos, los primeros constructores de la villa de La Habana. Comerciantes y religiosos, militares y civiles, maestros y artesanos, amos y esclavos, todos fueron poniendo girones de su entusiasmo, de su fe y de su trabajo para contribuir al engrandecimiento del nuevo pueblo que se levantaba en tierras americanas. Y esa labor constante y tesonera tuvo un estímulo más cuando en 1592 se concedió a la villa el título de ciudad.

Carlos Mendoza Zeledón